

La mirada de un andaluz claro (Prólogo)

Fueron la curiosidad por los alrededores de la vida, entonces en su sentido más liviano, y la vocación por las letras, desde una pretenciosa ingenuidad, las razones que me llevaron a comienzos de los setenta a aquella nueva Facultad de Periodismo de la Complutense, que me pareció una cementera y me resultó un polvorín (político e interior). Llegué con la miopía social de un escolapio, sin más profundidad de campo que la noción de un país en blanco y negro, caqui y gris, todavía vigilado por conciencias de sotana, achicado ante el mundo y encantado —eso creía yo— de haberse conocido.

Allí me encontré de lleno con quien había convivido de paso durante los tres años anteriores en el Séneca. Pepe Nevado. El roce diario con él me adelantó veinticinco años la metáfora de nuestro tiempo: antes de que cantara tres veces el gallo de mi apretada conciencia comprendí que mi realidad no era cierta, sino virtual. Con el oído abrí los ojos y desde mi asombro fui comprobando en Pepe una manera de ver y pensar imposible de conjugar desde el rácano ámbito de mi yo escondido y singular.

Pepe Nevado me prestó entonces su mirada como quien presta sus gafas para ver la imagen tridimensional de una vida que hasta entonces creí plana. Me levantó la cabeza de los libros de texto y de los cuadernos de apuntes para que leyese de frente aquellas páginas de la historia que nos había

tocado vivir. Fraga ordenaba por entonces, como ministro de la Gobernación, las últimas bocanadas de la represión postfranquista, las últimas carreras de caballos fuera del hipódromo de la Zarzuela; exactamente, en las avenidas obreras, universitarias e intelectuales de la protesta democrática.

No sé si Pepe se hizo periodista por necesidad de saber o de hacer, por el impulso de estar o por el de participar en una época en la que no le valía la inhibición egoísta, la distancia ingenua, o la mera contemplación de la historia desde el mirador provinciano de su infancia rural en Villaviciosa o de su prematura madurez en Córdoba. Tampoco sé si para la etimología de los trascendentes eso es vocación o destino, pero, en cualquier caso, ha sido una suerte para el entorno profesional en el que ha trabajado, para los amigos que lo compartimos y para su porción de pueblo en la que nunca deja de sembrar afectos y recoger amistades.

Lo que hoy se ve en sus textos ya estaba en su comportamiento de universitario escudriñador de contextos. Siempre buscando causas y consecuencias, leyendo la trama y la urdimbre de las injusticias, las incoherencias y los enredos interesados de aquel régimen del que sacaría lecciones de puntual aplicación posterior en el tiempo que acoge la cronología de este libro. Su carácter está entre las líneas de su expresión. Señala, detecta, a veces adelanta, denuncia o avisa, pero no ofende, ni humilla; su contundencia está en su claridad, en la profundidad y amplitud de su foco, en la nitidez de sus radiografías, condiciones todas derivadas de su obsesión por saberlo todo de algo antes de decir algo de nada.

Con estos nudos ata sus cabos profesionales y a un puerto sin mar ata su rumbo. En todos los cruces de la vida que compartimos le recuerdo el trasiego nostálgico de Córdoba. Córdoba está en el eclecticismo de sus apetencias, en la frondosidad de su formación, en la obriedad de su origen

y en la voluntaria condena de su obligada distancia. Hoy sé que sus raíces son el tronco que le da sombra, la fuente que le hidrata el ánimo y la meta inalterable de un regreso en el que siempre vive. Por eso pocos sitios más adecuados —no digo mejores— que las páginas del diario *Córdoba* para recoger el sudor de su memoria y el jugo de su razón.

Pepe Nevado es andaluz cabal, de paladar y ejercicio, de disfrute y compromiso. Se puso tarea por Andalucía desde los primeros años de la Universidad, donde empezamos a casar el sentimiento con la conciencia y a criar nuestro orgullo andaluz. Luego, cuando fue portavoz del Gobierno andaluz cumplió con creces aquélla la tarea que él mismo se fijó.

Su devoción por la política la practica hoy desde la coherencia más longeva, el anonimato más responsable, desde la colaboración menos vanidosa, desde la aportación menos rentable y desde el compromiso más leal. Ha sido tan fiel a sus ideas como lo fue a una guerrera tres cuartos que acabó con un tono de crema tostada por el uso y el abuso al que la sometió durante todos los años de fatigas en los que no estábamos para gastos.

En aquella España que reclamaba entrega para el cambio, Pepe no dejó de buscar su manera de arrimar el hombro. Estuvo con todos, claro, los que no tenían otra meta que subir la democracia a la grupa de los caballos. Su inquietud lo llevó por un camino abierto durante los años de universidad, zapeando de oyente en aquella madriguera de la izquierda más sonora, de la que salieron muchas de las voces más importantes de la transición. Buscando concreción derivó en unas siglas, las socialistas, que, sin embargo, nunca taparon sus iniciales. Ni las de su nombre, ni las de su propio criterio, profesionalizado con los años y rentabilizado por quienes beben amistosamente de su intuición y de su experiencia.

El título de ‘los años broncos’ es otra razón más para contrastar que frente a la realidad más bronca de la vida, siempre tuvo la clara y amable contundencia de su manera de ser. La que me transmitió en aquellos años de muchas coincidencias y una sola amistad, fronteriza entre el afecto y la sangre.

Dicho de otro modo, el compañero de siempre y amigo por siempre Pepe Nevado me escribió hace treinta años el prólogo de mi madurez intelectual y me hizo la introducción de la lectura social que hoy sostengo de la vida. Ahora se publica este libro como la mirada de un andaluz claro sobre un tiempo de nubes, el compendio y la derrama de quien es y así se ha mostrado durante años en las páginas de un diario de su tierra, el *Córdoba*, que, por mor de un redundante destino, me toca dirigir. Esta circunstancia nos devuelve al encuentro que nunca abandonamos y, a cuento de ella, hoy es él quien me pide que le haga un prólogo o una introducción... Y creo que ya se la he hecho.

Francisco Luis Córdoba

Una crónica clara de aquellos años oscuros (Introducción)

En aquellos años, semana tras semana, Pepe Nevado alumbraba a los lectores del diario *Córdoba* con sus análisis ciertos, profundos y adivinatorios sobre los avatares de un tiempo tenso e intenso protagonizado por el devenir del aznarismo y de Aznar. Eran años de incertidumbre que nos condujeron a un periodo de dudas y de sospechas, de miedo a que el pasado se nos cayera de nuevo en lo alto con el peso de la piedra que cubre los huesos del dictador. Pepe Nevado los llama los años broncos. Releídos ahora aquellos textos de ayer, encontramos en ellos la unidad del contexto político como hilo conductor que nos pasea por los renglones torcidos de Dios.

El libro parece escrito a posteriori del aznarato, porque Pepe Nevado arriesga no sólo en las causas que atropellan a los hechos, sino en las consecuencias mismas. Y ahí radica una de las principales virtudes de estos textos: su vocación profética. No podía ser de otro modo, pues su autor no es un advenedizo en el mundo de la política. Fue protagonista en aquellos momentos confusos y triviales de la legislatura de la pinza, y lo fue antes y después, cuando ya retirado de las tarimas de la política, observó desde las tablas de las bambalinas los vericuetos de la vida nacional como un sainete mal interpretado. Lejos de los ditirambos y los dicitarios con que otros tertulianos y columnistas interpretaban la vida política del país, Pepe Nevado se asomaba cada semana

a las páginas de la prensa cordobesa para atreverse con un diagnóstico que después resultó ser premonitorio.

El libro que el lector tiene en sus manos es, además, como él mismo diría, un alegato crítico sobre algunos de los aspectos más duros y sombríos de la etapa del aznarato. Por esta razón quizás, estas páginas están teñidas de un cierto halo pesimista que no logra empañar uno y cada uno de los textos, pues, más allá de una melancolía mal interpretada, Pepe Nevado siempre busca una razón y una salida a la oscuridad y la confusión. Tras su lectura, nadie duda que al autor no le gustaron esos años broncos y grises de ese pasado tan próximo, y que ahora intenta rescatar recogiendo en este volumen los textos desperdigados en la prensa para ofrecernos en estas páginas un recordatorio que no nos haga olvidar un tiempo aún fresco en la memoria.

La biografía profesional de Pepe Nevado siempre ha viajado sobre dos raíles paralelos e inamovibles: el periodismo y la política. En estas páginas ambos mundos logran entretenerse para ofrecernos una visión propia y única de los años del aznarato. Se trata de una antología, significativa aunque breve, de aquellos artículos que durante años vieron la luz por vez primera en el diario *Córdoba* y que ahora buscan, cobijados en este volumen, una vida más acomodada y duradera. Se trata, en general, de artículos breves que nacen al hilo de la actualidad, y es aquí precisamente donde encuentran su valor y su razón de ser. Son textos escritos con un estilo directo y claro, pero las normas del estilo periodístico no son óbice para que de vez en cuando otros recursos literarios doten al texto de un aura más creativa, para que una metáfora oportuna dulcifique la bronca que esconde o para que cualquier otro símil tape con algodones el moratón producto del garrotazo verbal.

Como bien sabe y puede sospechar el lector, los periodistas escribimos contra las urgencias del tiempo y contra

el espacio que les reservan a nuestros textos. De manera que en ocasiones el artículo o la columna que leemos en las páginas de opinión no es nuestra última versión sino la pieza amputada de quien intenta escurrir un cuerpo en un pantalón de unas tallas menos. Ése es otro valor de este libro. Todos los textos son los originales que el autor escribió para la prensa, aunque no siempre, por necesidades de espacio, la versión publicada se corresponde con la original. Ahora el lector tiene la oportunidad de leerlos íntegros.

Conocedor como pocos de los desvanes de la política, archivero de momentos trascendentes de nuestra historia más reciente, vigía de las filtraciones periodísticas que a veces pretendieron convulsionar la vida del país, periodista primero y después siempre periodista conoce como pocos la comunicación institucional, una ciencia que comienza a estudiarse en las Facultades de Comunicación y que muy pocos doctores del ramo saben desentrañar como él, artesano de titulares de primera página, lector asiduo de libros de mesita de noche y sobre todo de prensa diaria, de cuya lectura los diagnósticos no sólo son certeros sino acertados, conversador infatigable después de la jornada laboral, entrañable entre los amigos, disciplinado en el trabajo, optimista y cauto cuando el abismo se abre a nuestros pies, Pepe Nevado es, ante todo, un degustador apasionado e infatigable de la actualidad política.

Por esta razón última no le gustaron aquellos años broncos. Y ésa es nuestra suerte, porque gracias a esa temeridad ha arrojado sin pretenderlo un corpus político exhaustivo y contundente contra los momentos más oscuros del aznarato. El libro está dividido en dos partes. La primera conserva el título del volumen y en la misma se recogen sesenta y tres textos de distinta extensión, aunque escritos con un mismo tono y sobre un mismo tema: la España de Aznar. En el fondo, todas y cada una de estas columnas son piezas de un

puzzle indescifrable que Pepe Nevado es capaz de sintetizar en esta frase: «Está convencido que lo suyo no es un vulgar mandato democrático, sino toda una epopeya. Se ve más como hombre entre la leyenda y la historia: una criatura de Homero.»

En esta descripción de la España de Aznar también tienen cabida las autonomías y, por esa misma razón, Andalucía, de la que dice que no es una sociedad ni socialista, ni de derechas, ni mucho menos nacionalista, sino «sólo un pueblo que se esfuerza porque no le toquen las narices». Pero volverá una y otra vez sobre la España una y la España plural, esta última que no es sino una marca o un sentimiento pero que debiera convertirse «en una presión política alternativa al credo de nuestra derecha unitarista y tan antigua». En esta España del aznarato no olvida a Alfredo Urdaci y su capacidad de zorra despechada para escabullirse del formato del informativo y leer un texto de condena contra Televisión Española en el que Comisiones Obreras pasó a llamarse para la historia Ce Ce O O. Pepe Nevado recuerda también la lluvia negra del *Prestige*, las campañas electorales, que no le gustan por ruidosas y banales, a ese grupo de periodistas dominantes que viven imponiendo desde hace décadas sus ideas, las negociaciones con ETA o los atentados del 11-M, la guerra y la paz, porque él sabe que ésta «no es una quimera sino un azar».

La retirada de una efigie ecuestre de Franco en una plaza pública y la memoria histórica son temas sobre los que vuelve alguna vez para pronunciarse con una prosa sin sospechas: «¿Puede perjudicar a España que los familiares de un fusilado por la espalda recuperen sus restos, los lleven al cementerio y coloquen sobre su lápida un manojo de crisantemos?» A Pepe Nevado no le importa, sino que insiste en volver sobre esa eterna discusión de qué es España, «eso que tanto le gusta a nuestra derecha y a tantos y tantos ociosos»,

escribe. Acusa al Partido Popular de confundir patriotismo con patrioterismo y a Aznar de que no entiende que la palabra patriotismo «signifique algo más que amar a España por encima de todas las cosas».

En la segunda parte, titulada *Rostros con perfil*, Nevado dibuja retratos de los protagonistas de aquellos años. La selección de estos veintiséis rostros no se ciñe sólo al mundo de la política, sino que se extiende a todos aquellos personajes que el autor adora o rechaza, pero que ve necesario reflejarlos en el espejo de la información. A diferencia de los textos anteriores, éstas son semblanzas a veces crudas y a veces amables, pero el lenguaje, en todo caso, se torna más musical e intimista, aunque también contundente si el rostro del personaje lo precisa. El autor no esconde sus amores y sus desapegos y, según el caso, el piropero o el pellizco no pillan de sorpresa al lector.

El perfil es un género periodístico de nuestros días, un texto interpretativo en el que el periodista suma a la documentación y análisis imprescindibles su visión particular de la persona que retrata. Un rostro puede tener distintos perfiles según el ángulo desde el que se diseccione al personaje. El ser humano, por naturaleza, es poliédrico. Por esta misma razón, el periodista dibuja al personaje desde el ángulo de la actualidad, y desde este lado del rostro le buscamos sus luces y sus sombras. El estilo, como es lógico, es la herramienta principal sobre la que el periodista debe apoyarse. Pepe Nevado lo sabe y por esta misma razón no tiene miedo a trazar sus filias y sus éticas con firmeza y con pasión, con nostalgia o severidad. Aquí encontramos a Arzallus, «la tradición frente a la historia, la creencia que vence a la idea, la voluntad que arrinconada la inteligencia»; a Baltasar Garzón, «a caballo entre el fiscal del medio oeste norteamericano y conquistador y el inquisidor ladino»; a José Barrionuevo, «llamado a ser esa sal que deja yermos los

campos, para nada esa otra que purifica»; a Luis Valls, quien «no quería que le hicieran santo bajo ningún concepto», o Mariano Rajoy, quien es «sólo el reflejo del dedo que lo nombró, un poder netamente vicario».

Pero también encontramos en estas páginas a personajes y personajillos que no son de su agrado, como Milosevic o Augusto Pinochet, de quien dice que es «puro huevo, orden sin matices, paz a hostias». Y también nos tropezamos con otros rostros que son devoción del autor como Carlos Santana, «el entomólogo musical de unos sentimientos que arden», o Julia Otero, «una voz que es en sí misma un tratado poético»; Manu Leguineche, ese corresponsal que ha estado «en todas las guerras, revoluciones, conmociones y matanzas que ha producido el mundo» o Joan Manuel Serrat, «nuestro poeta de lo cotidiano».

Estas semblanzas no son biografías en sí mismas, sino retratos vistos de perfil, con la mirada abierta a la admiración y el reconocimiento, o con los ojos apenas entreabiertos. Son perfiles que vuelven a la actualidad desde la historia de todos o desde el recuerdo más personal. Es igual, porque Pepe Nevado los hace suyos para devolvérselos ya reciclados en ángeles o demonios, envueltos en celofán o lapidados sin perdón en mitad de la página del periódico. Es la lista íntima de los personajes elegidos para protagonizar estas páginas y que en su día protagonizaron también nuestra historia más reciente.

Este libro, en definitiva, más una compilación de textos periodísticos, es una visión crítica y sincera, amable unas veces, dura otras, pero de cualquier manera necesaria y luminosa para guiarnos sin perdernos por los complejos designios de Aznar y su aznarato, aquellos años broncos que Dios guarde para siempre en su memoria.

Antonio López Hidalgo